



LA COMUNIDAD COMPASIVA de Curacaví

En esta localidad del valle central, vecinos se han organizado para asistir a personas con enfermedades avanzadas, en fin de vida o en proceso de duelo. Inspirados en un modelo internacional de cuidados paliativos que entiende el acompañamiento al final de la vida no solo como una tarea del sistema de salud, sino de las familias, vecinos y autoridades locales, han formado una red que reúne a 30 voluntarios y busca demostrar que el cuidado puede ser también una forma de comunidad.

POR MURIEL ALARCÓN LUCO FOTOS SERGIO ALFONSO LÓPEZ

El mar estaba en calma esa mañana en Cartagena. Mario Tapia, un hombre de 70 años con cáncer gástrico en etapa terminal con metástasis pulmonar, miraba las olas. A su lado, Isabel Donoso, su esposa, también de 70, lo acompañaba en silencio. “Dijo que quería volver a ver el mar”, recuerda Yolanda Valdebenito, de la misma edad, quien los acompañó en ese paseo. “Así que lo llevamos”.

Yolanda es parte de los treinta voluntarios que integran hoy la Comunidad Compasiva y Fraterna de Curacaví, una red que surgió entre vecinos para apoyar a personas con enfermedades avanzadas, en fin de vida o en duelo, en esa localidad. Con el tiempo, se ha convertido para Yolanda en una forma de sentido y entrega, y para Mario, en la compañía que le da fuerzas para seguir. “Esta enfermedad lo va alejando de todo a uno”, dice él. “Con compañía, uno se da aliento para seguir luchando”.

Cada lunes, Yolanda visita a la pareja en su casa en Curacaví, en un pasaje donde las viviendas de madera aún conservan la sencillez del valle central. Dice que, sobre todo, conversa con ellos: del amor, del dolor, y los acompaña en los largos silencios que deja la enfermedad. También intenta hacerles preguntas como qué les queda por hacer.

La idea de visitar la playa surgió de una de esas conversaciones. Mario le contó que en Cartagena había conocido a su esposa y quería volver. Yolanda sumó a su marido al paseo, y los cuatro viajaron a la costa. Caminaron por el muelle, vieron lobos marinos y barcos, y se mojaron los pies en la orilla. Yolanda llevaba el tanque de oxígeno portátil de Mario. “Estaba preocupada de que no le fuera a faltar el oxígeno”, dice.

Almorzaron machas a la parmesana y pescado frito con puré y ensaladas. En la tarde regresaron a Curacaví. “Cuando él está nervioso y le tomo la mano, se tranquiliza. Yo le digo: ‘Vamos a irnos para allá todos, así que no se preocupe. Si usted se va primero que yo, me espera’”, dice Yolanda.



La iniciativa de crear una red de vecinos que se acompañaran mutuamente en Curacaví nació de Eva Velandia, una colombiana con estudios en psicología que llegó a Chile en 2017. Desde que vive en el país, Eva ha dedicado su trabajo al voluntariado como fundadora y representante de la Fundación Elisabeth Kübler-Ross, una organización inspirada en la obra de la reconocida psiquiatra suiza del mismo nombre, pionera en el estudio del duelo y promotora de una mirada

más compasiva frente a la muerte. Con el tiempo, esa experiencia la hizo preguntarse cómo llevar esa idea a la comunidad y ponerla en práctica.

En el mundo ya existía un modelo que buscaba responder a ese desafío: las “comunidades compasivas”, desarrolladas a comienzos de los años 2000 e impulsadas por el experto en salud pública escocés Allan Kellehear. “Este enfoque propone que el acompañamiento al final de la vida no sea solo tarea del sistema de salud, sino una responsabilidad compartida entre familias, vecinos, instituciones y autoridades locales”, dice Velandia. Se inspiran en la visión de los cuidados paliativos promovida por la Organización Mundial de la Salud, que buscan aliviar el sufrimiento y mejorar la calidad de vida de las personas con enfermedades graves, atendiendo no solo el dolor físico, sino también sus dimensiones emocionales, sociales y espirituales.

Eva escuchó por primera vez el concepto en 2020, durante una charla del médico indio M. R. Rajagopal, miembro de la Fundación International Elisabeth Kübler-Ross y conocido como el “padre de los cuidados paliativos” en la India. Dos años después volvió a oír hablar del tema durante una reunión del directorio de la Fundación Elisabeth Kübler-Ross en Chile. En esa ocasión, la doctora Laura Tupper, formada en cuidados paliativos en el King’s College de Londres y con más de una década de experiencia en el tema en hospitales públicos chilenos, sostuvo que este era un modelo que debía promoverse en el país.

“En los sistemas de salud en Chile, los cuidados paliativos son un área que está extremadamente en deuda”, dice Tupper. “Esta es una forma de abordar esa carencia técnicamente respaldada. Uno puede hacer bingos para juntar plata para los pacientes paliativos, pero se necesita un contexto más sólido en el que eso se transforme en una intervención concreta”.

La idea pronto conectó con una motivación profunda para Eva: el envejecimiento acelerado del país y su impacto en las redes de cuidado. Chile es hoy uno de los países más envejecidos de América Latina, con 79 personas mayores de 65 años por cada 100 menores de 15, según el INE. En Curacaví, la situación es aún más marcada: el índice de envejecimiento alcanza 82,2, de acuerdo con datos de la Biblioteca del Congreso Nacional.

Allí, donde Eva se había establecido años atrás junto a quien más tarde sería su esposo, fue testigo directo de las dificultades que él enfrentó al cuidar, prácticamente solo, a su madre y a su abuela, ambas postradas y sin redes de apoyo. “En ese tiempo, el hospital de Curacaví solo venía a verla una vez cada seis meses”, recuerda. En una ocasión, incluso llegaron a visitarlas meses después de que ya habían fallecido, sin saberlo.

En Curacaví, muchas familias cuidaban solas a sus enfermos; los cuidadores se veían siempre sobrepasados y los equipos de salud hacían lo posible con recursos escasos y



Eva Velandia, impulsora de esta iniciativa, fue testigo de las dificultades que enfrentó su esposo al cuidar a su madre y a su abuela, ambas postradas y sin redes de apoyo. “En ese tiempo, el hospital de Curacaví solo venía a verlas una vez cada seis meses”.



Entre los nuevos voluntarios está el expublicista Andrés Besa, que hoy vive en Curacaví. “Siempre he pensado en la gente que está sola, que no tiene a nadie. Y poder entregar algo de esperanza, algo positivo”, dice.

tiempo limitado. Fue entonces cuando decidió adaptar el modelo internacional de comunidades compasivas al contexto chileno. El médico indio M. R. Rajagopal fue su asesor. Eva eligió Curacaví, porque allí vivía. Se acercó al Hospital de Curacaví, que se sumó de inmediato y la puso en contacto con las familias incluidas en los programas de cuidados paliativos y de dependencia moderada y severa. Visitó la municipalidad, la parroquia y las juntas de vecinos, y presentó su propuesta a la Fundación Careno y a empresarios, donde obtuvo el financiamiento. Más tarde acudió a los medios para difundir la idea. Buscaba adaptar a esta localidad un modelo que había demostrado éxito en contextos muy

distintos del mundo. Pero cada vez que la compartía, encontraba disposición a sumarse. Así, a mediados de 2023, nació la Comunidad Compasiva y Fraterna de Curacaví.



Antes de convertirse en voluntaria y acompañar a Mario en sus últimos meses de vida, Yolanda había trabajado cuatro décadas en una clínica en Santiago: como arsenalera y luego administrando bienes y servicios. Cuando se jubiló, se fue a vivir a Curacaví. Cuidar a su madre en sus últimos años la marcó. “Existía otro mundo, muy distinto al de la clínica”, dice.

Un día vio en Facebook un anuncio publicado por Eva. Se buscaban voluntarios para formar un grupo que acompañaría a personas con enfermedades avanzadas o dependencias severas. “Yo ya tenía todo: mi familia formada, mi casa. No me interesaba quedarme en la casa ni hacer más plata. Quería ayudar”, cuenta. Rápidamente, se unió a la iniciativa que comenzaba.

En su cruzada, Eva ya tenía aliadas. Había asesorado al hospicio pediátrico Casa de Luz, donde armó una red de contactos en el tema. Ahí colaboraba como voluntaria la psicóloga Ruth Vilches, quien, al escuchar su idea, no dudó en sumarse. “Cuando trabajas en esto te das cuenta de la necesidad de que hay y de que cuando das una mano, esa mano significa mucho”, dice Ruth Vilches. Junto a otras profesionales, como Tupper, tomaron voluntariamente al grupo en el que participaría Yolanda.

Se estableció que la capacitación tomaría tres meses, se desarrollaría en once módulos —los jueves por tres horas— y se llamaría “Acompañando a vivir hasta partir y en duelo en comunidad”.

Al primer llamado llegaron poco más de treinta personas al salón municipal. Algunos vecinos se retiraron con el tiempo, pero más de la mitad permaneció hasta el final. “Nos unimos en la misma causa”, dice Yolanda.

Si bien la formación, cuenta Eva, establecía que los voluntarios estaban ahí para acompañar y escuchar, y no necesariamente para alimentar o administrar medicamentos, abordó desde nociones básicas de cuidados paliativos —signos vitales, manejo del dolor, autocuidado— hasta temas emocionales como la compasión. También incluyó información sobre los apoyos disponibles en el hospital y la municipalidad, para que los voluntarios pudieran orientar a las familias.

Tras tres meses, a fines de 2023, se celebró una primera graduación que tuvo entre sus trece egresadas a Yolanda. En 2024, la mujer pasó a acompañar en el cuidado a Mario, quien integraba el programa de cuidados paliativos del Hospital de Curacaví.

Tras ese primer éxito, en julio de 2025 se inició una capacitación para un segundo grupo, que finalizó semanas atrás. Fundaciones como Huella entregaron apoyo para sostener

la iniciativa y, desde la academia, la Escuela de Enfermería de la Universidad de los Andes se sumó a la capacitación.

La enfermera Melissa Zimmermann cuenta que en los últimos meses la formación no solo ha abordado aspectos técnicos y procedimentales, sino también reflexiones más personales. “Empezamos a hablar de la muerte”.

Entre los nuevos voluntarios está Andrés Besa, un expublicista de 69 años que dejó atrás su pasado como director de la Escuela de Publicidad de la Universidad Andrés Bello para instalarse a vivir en Curacaví. Un día, en un encuentro comunitario de la parcela donde vive, Eva y su grupo contaron su proyecto. “Siempre he pensado en la gente que está sola, que no tiene a nadie. Y poder entregar algo de esperanza, algo positivo. Es lo que busco: darle alegría a alguien. Todos la necesitamos”, dice. “La compasión significa padecer con: ser capaz de ponerse en el lugar del otro, de sentir su dificultad, su dolor, su pena, su angustia, su miedo”.



“Cuando trabajas en esto te das cuenta de la necesidad que hay y de que cuando das una mano, esa mano significa mucho”.

Un jueves de primavera, el casino de la Municipalidad de Curacaví se transformó en escenario de celebración. Sillas plásticas dispuestas en hileras, una mesa con diplomas. Era la ceremonia de graduación de los 17 nuevos voluntarios, donde Andrés se convirtió en uno de los primeros hombres del grupo.

“Lo más poderoso”, reflexiona Eva, “es que no se acompaña a un paciente, sino el vecino que acompaña a su vecino, y en ese acompañamiento se teje una amistad. Hay confianza, lealtad, presencia y escucha en los momentos que se necesitan”.

Luego del paseo a la playa en el que Yolanda acompañó a Mario e Isabel, ella dice que repensó el sentido del voluntariado, que suele centrarse en el acompañamiento domiciliar, convenciéndose de que muchas personas en situación terminal solo necesitan que alguien las invite a salir de su casa para decidir hacerlo.

Hoy, la Comunidad Compasiva y Fraterna de Curacaví ha acompañado a unas cincuenta familias en los últimos años y se apronta a visitar a cincuenta más. La Escuela de Enfermería de la Universidad de los Andes está elaborando, a partir de la experiencia en esta localidad, un manual de cuidados para cuidadores y voluntarios en fin de vida llamado Nena, para ofrecerlo a Curacaví y otras comunas.

Durante la ceremonia, Eva caminaba nerviosa entre los pasillos, organizando los últimos detalles. Cuando comenzó el acto, el silencio fue solemne. Ella tomó el micrófono: “En Curacaví entendemos la compasión como el amor que se traduce en acciones concretas”, dijo.

Más tarde, uno a uno, los voluntarios subieron a recibir sus certificados. Hubo abrazos, lágrimas, miradas cómplices. Algunos familiares de pacientes fallecidos estaban allí para agradecer.

Cuando el acto parecía llegar a su fin, una voluntaria se puso de pie y pidió la palabra. Contó que mientras Eva ini-



Yolanda Valdebenito (a la izquierda) es una de los 30 voluntarios de la Comunidad Compasiva. Cada lunes visita a Mario Tapia, quien tiene un cáncer gástrico en etapa terminal y metástasis pulmonar. En la foto, junto a la señora de Mario, Isabel Donoso.

ciaba la segunda formación en julio, su propio marido había enfermado gravemente y había sido llevado de urgencia en ambulancia al hospital por una pancreatitis aguda. “A pesar de todo, no nos dejaste de acompañar”, dijo, mirando hacia Eva. “Gracias por tu entrega”.

Los voluntarios se levantaron y, uno a uno, rodearon a Eva. Le entregaron astromelias y chocolates, y la abrazaron. De pie rodeada por ellos, Eva contó que su familia sanguínea estaba en Colombia. “Pero cuando él enfermó gravemente”, dijo, “todos ustedes estuvieron”. Los aplausos se extendieron por un largo rato. Luego, Eva continuó: “De eso se trata: cuando estamos solos, está la comunidad. Si esto que yo viví me sostuvo y me mantuvo en pie, ¿cómo no intentar que todos puedan vivirlo también?”. S